

LA UNIDAD CATÓLICA,

Esta Asociación no solamente esquiva sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretesto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

DEFECCIONES Y ESTRAVÍOS.

Cuando en el penúltimo número me ocupaba de las escuelas político-católicas y de los inconvenientes espuestos á nacer del choque de sus tendencias y del ardor inmoderado de sus disputas, lejos estaba de prever que tan próximo y estremado ejemplo de tales daños nos ofreciese la deplorable caída del P. Jacinto, citado allí cabalmente como una de las lumbreras de la escuela católico-liberal. En la funesta carta, que á continuación se trascribe, aparece aun no la fórmula espresa pero sí el espíritu de apostasía. Protestar contra un partido *omnipotente en Roma*, contra doctrinas y prácticas *que se llaman romanas y no son cristianas*, contra la *perversion sacrilega del evangelio pisoteado por el fariseismo de la nueva ley*, señalar un inminente *cambio en la constitucion de la Iglesia* y un próximo *divorcio impío é insensato* entre ella y la sociedad, atribuir á la manera de *comprender y practicar el catolicismo* entre las razas latinas la anarquía social y religiosa en que se agitan, apelar en fin á un concilio, á cuyos preparativos achaca ya la *falta de libertad* que teme en sus deliberaciones, para venir á parar de apelacion en apelacion á *Jesus*, esto es á su razon y á su conciencia, es recorrer rápidamente y de una vez la ominosa carrera desde el disentimiento hasta la rebelion.

Son muy meditadas las frases para no argüir una pasion calculada y largamente nu-

trida mas bien que un arrebatado pasajero; sin embargo no alcanzan á encubrir el perpétuo motor de toda sedicion y desobediencia, el orgullo, que no admite *consignas* ni se aviene al *silencio*, que rompe los votos hechos *cárcel del alma*, que proclama *libertad* como ley superior de justicia, que rechaza *cadena* no ya por derecho sino por deber, que empapado en el satánico *yo* no habla sino de *su conciencia*, de *su papel*, de *su dignidad*, de *sus sacrificios*. Y escribir con semejantes disposiciones en presencia de *Jesus*, *puesto á sus piés*, despues de muchas *preces* y de muchos *sufrimientos*, si la espresion no se limita á ser un rasgo oratorio ó un recurso dramático, supone tal grado de obcecacion ó de hipocresía, que humanamente deja poca confianza de un próximo arrepentimiento. No me sorprende pues que el ulcerado corazon del ex-carmelita retirado en las cercanías de Paris haya resistido á la voz acaso mas autorizada que para él pudiera hallarse, á la del sabio obispo de Orleans cuya carta se verá tambien, y que por toda respuesta á sus entrañables consejos se obstine en presentar la *gran falta* como el cumplimiento de un *gran deber*.

¿Cuál será el resultado personal de esta evolucion? qué luz ha de despedir ya ese genio eclipsado? cuál será el poder de esa mágica palabra vacía de autoridad? qué doctrina ha de anunciar en el púlpito de *Notre Dame*, y qué buena nueva traer á ese auditorio que le rodeaba, ávido de fé ó de emociones siquiera.

y que para encontrarse con un libre pensador mas, no acudirá seguramente al templo? ¿Piensa dejar el hábito religioso para sustituirlo, como lo ha hecho, con la sotana de sacerdote? Piensa, como le echan ya en cara los racionalistas, «disfrutar á la vez del doble privilegio de la autoridad y de la libertad, permanecer católico negando la obediencia y la gerarquía fundamentos del catolicismo, y combatir la supremacía de Roma á la sombra de la Iglesia romana?» Mal podrá avenirse con el caduco y helado protestantismo el que pretende lanzarse á descubrir nuevos horizontes y nuevos gérmenes de vida para la humanidad; mal se restringirá á la estrecha comunión de una secta el que respira comprimido dentro de la vasta region de la universalidad religiosa. Solo, aislado, sin crédito con los fieles, sin prestigio entre los incrédulos, juguete de las veleidades de su espíritu y del ímpetu de sus pasiones, vagará por los tenebrosos espacios de la duda, ó ensayará entre la razon y la fé inútiles transacciones que miran con desconfianza y repelen con desden los modernos filósofos enemigos de lo sobrenatural. De caudillo insigne y glorioso pasará con su desercion, como Lamennais y como Passaglia sus antecesores en apostasia, á soldado oscuro ó perdido aventurero en el campo del error, demostrando una vez mas cuan débil y mezquino es el hombre, y mas el que empezó por creyente, apenas desgajado del árbol de vida, y á qué opaca y vil escoria se reduce luego que se le intercepta la luz del eterno sol.

La verdad sigue adelante su triunfal carrera, y la Iglesia ni por esta ni por mucho mas numerosas é ilustres defecciones no perderá un ápice de su vitalidad; pero ¿cómo negar á tan lastimosa pérdida siquiera individual las lágrimas de la compasion mas entrañable? cómo no estudiar las causas ó cuando menos ocasiones que la han determinado, y no aprovechar en distintos conceptos las altas lecciones que encierra? El racionalismo es la enfermedad reinante que con el aire se respira; con el hálito de los enfermos y con atemperarse demasiado á sus caprichos pue-

den los médicos contagiarse. Por mucho que cedan en gloria de la fé católica los resplandores del genio y los prodigios de elocuencia desplegados en las conferencias religiosas de la catedral de Paris y otras análogas, á veces he pensado en la firmeza y serenidad que se necesita para no desvanecerse la cabeza desde aquella altura ante el pretensioso concurso que como el Areópago del tiempo de S. Pablo inquiere un Dios desconocido, para no afectar lo original y extraordinario con preferencia á lo sólido y edificante, y para no desvirtuar la palabra de Dios á fuerza de acomodarla al gusto del siglo, que la recoge y difunde por sus cien órganos mas curioso que reverente. Dura prueba para la humildad y sencillez evangélicas, que si han salido airoas de ella tantas veces, no es de admirar que una vez hayan sucumbido!

Habla el P. Jacinto en su carta de *manejos de partido*, de *doctores falsos*, de *ataques descubiertos*, de *ocultas delaciones*; y de aquí no será aventurado deducir que el antagonismo de las escuelas, las agrias polémicas y los resentimientos personales han preparado desde tiempo atrás la fatal ruptura. Hará tres ó cuatro meses volvió de Roma, penetrado de gratitud por la benévola acogida que allí recibió del pontífice, y rechazando con altiva medida las suposiciones del *Univers* y de su partido. Todos sabemos por desgracia como se exaltan las cabezas y se exacerban los caracteres con las porfias, como se devuelven alfilerazo por alfilerazo, injuria por injuria, acusacion por acusacion; y á vista de las apasionadas contiendas y mútuas injusticias que trae la invasion de las ideas humanas en el sagrado recinto confundándose con las verdades religiosas, no se explica sin la gracia del Señor como en el ardor de la lucha no son mas frecuentes los escándalos y no se traspan mas amenudo las vallas marcadas por la Iglesia. No sé, no quiero saber lo que pasó en este caso: el P. Jacinto desobedeció, y no cabe excusa en su proceder. La obediencia, observa profundamente la *Revista Católica*, tiene la eficacia de rectificar las órdenes mas imprudentes; y muy motivadas

debieron ser las del superior respecto de quien tan fragilmente unido se ha mostrado á su instituto.

Tomar pié de semejante caída para estigmatizar la escuela á que pertenecía ó con que simpatizaba el caído, calificar á esta como hacen ya algunos de *heregía moderna inspirada por el demonio de la popularidad*, sería convertir en ponzoña la triaca y malear la costosa y terrible lección que á todos se nos presenta. ¿Quién es un escritor, un periódico, un partido para usurpar los anatemas á la Iglesia, que tanto repara en fulminarlos sobre los reos averiguados y que nunca por el mas fundado recelo los anticipa? La exageracion, el exclusivismo, el apego al sistema, no son vicios peculiares de una ú otra escuela sino comunes á todas, de los cuales cada individuo trae á la colectividad mas ó menos caudal: todas andan necesitadas de humildad, de caridad, de sumision á la autoridad suprema. Aun no está lejano el tiempo en que por parte de los que mas abnegacion profesan, el gran Pio IX, por adoptar á su advenimiento la política que dentro de sus estados creyó mas conveniente, era objeto de intencionados tiros que desde el soberano temporal trascendían al pontífice: en que al eminente Balmes por defensor del pontífice se le denunciaba poco menos que por sospechoso al catolicismo. Y aun ahora, con la gran defeccion que lamentamos ha permitido la Providencia que coincidiese en las filas opuestas un extravío menos trascendental, menos grave sin duda, pero que por la enseñanza que encierra no conviene que pase desapercibido.

En medio de la admiracion general que dentro y fuera de España han escitado la unanimidad y fortaleza de nuestro episcopado reconocidas por sus propios enemigos, ha habido un periódico que acusa á la mayoría de los prelados de *haberse dejado prender en la red que les tendió el ministro y de no haber tenido valor de resistir á las usurpaciones del poder civil*, califica de *funesto* su proceder y de *redundar poco en honor* de la clase los documentos de la Gaceta, y formando coro con las añejas declamaciones del

Sr. Lorenzana achaca á cierta camarilla devota y palaciega de Isabel II la eleccion de *estos obispos cuya docilidad tanto complace á la secta*. Y ese lenguaje tan maligno, tan irreverente, tan inicuo sobre todo, no procede de ningun órgano revolucionario ni liberal, sino de uno que se titula y es católico, del *Univers* de Paris diario de Mr. Veuillot, cuyos eminentes servicios no desconozco, pero cuyo amargo celo le ha llevado á injuriar procaz y calumniosamente á cuarenta y tantos obispos, juzgando de su conducta por la circular del ministro en cuya *red* de veras él se *ha dejado prender*, sin aguardar á los nobles y elevados testimonios que han dado en seguida de su pastoral independencia. Habrá en esto, mas bien que perversa intencion, incalificable ligereza: acéptense en buen hora las disculpas mientras los disculpados las otorguen á su vez, y reine una cristiana porfia entre los que están dentro del gremio de la Iglesia en escusar los deslices ajenos y confesar los propios.

Ante el leon que ruge buscando entorno su presa, no olviden las escuelas político-católicas la sobriedad de espíritu propio y la vigilancia del depósito comun; *sobrii estote et vigilate*. No olviden los individuos, cuanto mas encumbrados en gerarquía ó en talento, la humana fragilidad: *qui stat videat ne cadat*.

J. M. Q.

CARTA DEL P. JACINTO.

Al R. P. general de los carmelitas descalzos, en Roma.

Muy reverendo padre:

Cinco años hace que ejerzo mi ministerio en Nuestra Señora de Paris, y á pesar de los ataques descubiertos y de las ocultas delaciones de que he sido víctima, no me ha faltado un momento vuestro aprecio y vuestra confianza. Conservo de ello muchas pruebas escritas de vuestro puño y que se refieren á mis predicaciones y á mi persona. Suceda lo que quiera siempre quedarán grabadas en mi memoria.

No obstante, hoy, por un brusco cambio cuyas causas no busco yo en vuestro corazón sino en los manejos de un partido omnipotente en Roma, acusais lo que otro tiempo fomentabais, censurais lo que aprobabais, y exigis que use un lenguaje ó que guarde un silencio que no sería la expresion leal de mi conciencia.

No vacilo un momento. Con una expresion torcida por

una consigna, ó mutilada por reticencias, no podría subir al púlpito de Nuestra Señora. Manifiesto mi sentimiento al inteligente y animoso arzobispo que me abrió sus puertas y me mantuvo en aquel puesto á pesar de la mala voluntad de los hombres de que he hablado. Manifiesto mi pesar al imponente auditorio que me rodeaba con su atención y sus simpatías, hasta iba á decir con su amistad. Si consintiera en representar delante de ellos semejante papel, sería indigno del auditorio, del obispo, de mi conciencia y de Dios.

Al mismo tiempo me alejo del convento que habito y que en las nuevas circunstancias ya es para mí una cárcel del alma. Obrando así no faltó á mis votos; he prometido obediencia monástica, pero dentro de los límites de la honradez de mi conciencia, de la dignidad de mi persona y de mi ministerio. La he prometido bajo el beneficio de esta ley superior de justicia y de «real libertad» que, según el apóstol san Jaime, es la ley propia del cristiano.

En el fervor del mas puro entusiasmo, exento de todo cálculo, y no sé si de todas las ilusiones de la juventud, fui yo diez años ha á pedirle al claustro la práctica mas pura de esta libertad santa. Si en cambio de mis sacrificios se me ofrecen cadenas, tengo no solamente el derecho, sino el deber de rechazarlas.

Los momentos actuales son solemnes. La Iglesia atraviesa por una crisis violentísima, acaso la mas oscura y la mas decisiva de su existencia en este suelo. Por la primera vez, desde hace trescientos años, se convoca un concilio ecuménico, declarándolo NECESARIO; palabras testuales del padre santo.

No es este por cierto el momento en que un predicador del evangelio, siquiera sea el mas humilde, puede resignarse á guardar silencio, como esos PERROS MUDOS de Israel, guardas infieles á quienes reprende el profeta diciéndoles QUE NO PUEDEN LADRAR. *Canes muti, nan valentes latrare.*

Nunca callaron los santos. No me cuento entre ellos, pero pertenezco á su raza—*filii sanctorum sumus*—y siempre ambicioné poner el pié en las huellas de sus pasos, y regarlas con mis lágrimas y si menester fuere con mi sangre.

Levanto pues mi voz ante el padre santo y ante el concilio, protestando contra esas doctrinas y esas prácticas que se llaman romanas y no son cristianas, contra esas doctrinas y esas prácticas cuyo desbordamiento cada dia mas audaz y funesto tiende á cambiar la constitucion de la Iglesia, el fondo lo mismo que la forma de su enseñanza y hasta el espíritu de su piedad. Protesto contra ese divorcio impío é insensato que se trata de llevar á cabo entre la Iglesia, nuestra madre según la eternidad, y la sociedad del siglo diez y nueve, nuestra madre según el tiempo, con la cual tenemos tambien deberes que cumplir y lazos de cariño que estrechar.

Protesto asimismo contra esa oposicion radical y espantosa que hacen los falsos doctores á la naturaleza humana en sus aspiraciones mas indestructibles y santas. Protesto señaladamente contra la perversion sacrilega del evangelio del hijo de Dios, cuyo espíritu y cuya letra pisotea el fariseísmo de la nueva ley.

Tengo arraigado el convencimiento de que si Francia en particular y las razas latinas en general están bregando con la anarquía social, moral y religiosa, la causa de ello

está no en el catolicismo sino en la manera como se comprende el catolicismo y se practica desde hace tiempo.

Apelo al concilio, que está en visperas de reunirse para poner remedio al exceso de nuestros males y para aplicarlo con firmeza y con dulzura. Pero si temores, que no quiero abrigar, llegaren á cumplirse, si la augusta asamblea no tuviere en sus deliberaciones mas libertad de la que tiene en sus preparativos, si en una palabra careciere de las condiciones esenciales de un concilio ecuménico, levantaria mi voz dirigiéndome á Dios y á los hombres en demanda de otro reunido verdaderamente por invocacion del Espíritu santo y no por invocacion del espíritu de partido, y que representara realmente la Iglesia universal, no el silencio de los unos y la opresion de los otros. «Sufro cruelmente por los sufrimientos de la hija de mi pueblo; doy gritos de dolor, y se ha apoderado de mí el espanto. ¿Por ventura no hay bálsamo ya en Galaad? ¿no hay médico? ¿Por qué pues no cierran la herida de la hija de mi pueblo?» (Jeremías, VIII.)

Apelo en fin ante tu tribunal, oh Jesus: *ad tuum, Domine Jesu, tribunal appello.* En tu presencia escribo estas líneas; puesto á tus pies, despues de muchas preces, de mucha reflexion, de muchos sufrimientos, de mucha paciencia, puesto á tus pies las firmo. Confio que si los hombres las condenan acá en el suelo, tú les darás tu aprobacion en el cielo. Esto me basta para vivir y morir.—FR. JACINTO, superior de los carmelitas descalzos de Paris, segundo definidor de la órden en la provincia de Aviñon.

Paris.—Passy, 20 de setiembre de 1869.

CARTA DE MONSEÑOR DUPANLOUP AL P. JACINTO.

«Orleans 25 de setiembre.

Mi querido colega: Tan pronto como de Paris se me anunció lo que ibais á hacer, traté, como ya sabeis, de ahorraros á todo trance lo que habia de ser una gran falta y una gran desgracia, al propio tiempo que un motivo de profunda tristeza para la Iglesia: al momento y de noche he hecho salir á vuestro ex-condiscípulo y amigo para deteneros, si era ya posible. Pero era tarde; el escándalo estaba consumado, y desde ahora podeis medir, con sentimiento de todos los amigos de la Iglesia y con alegría de todos sus enemigos, el mal que habeis causado.

Hoy no puedo hacer mas que rogar á Dios, y conjuraros á que os detengais en la pendiente en que os habeis puesto, y que conducé á abismos que el ojo deslumbrado de vuestra alma no ha alcanzado á ver.

Habeis sufrido, lo sé; pero dejadme que os lo diga; el P. Lacordaire y el P. Ravignan, lo sé tambien, sufrieron mas que vos, y se levantaron á mas alto punto con la paciencia y la fuerza por amor de la Iglesia y de Jesucristo.

¿Cómo no habeis comprendido la injuria que haceis á la Iglesia vuestra madre con estas previsiones acusadoras? Y ¿qué injuria haceis á Jesucristo, colocándoos, como lo haceis, solo en frente de él, con menosprecio de la Iglesia?

Pero yo quiero esperar y espero; no será mas que un estravío pasajero.

Volved entre nosotros; despues de haber dado al mundo católico este pesar, dadle un gran consuelo y un grande ejemplo. Id á echaros á los pies del padre santo. Sus bra-

zos os serán abiertos, y al estrecharos contra su corazón paternal, os devolverá la paz de vuestra conciencia y la honra de vuestra vida.

Recibid del que fué vuestro obispo y que no dejará jamás de amar vuestra alma, este testimonio y estos consue-
los de un verdadero y religioso afecto.—FÉLIX, obispo de Orleans.»

RESPUESTA DEL P. JACINTO.

«Monseñor: Mucho me ha conmovido el sentimiento que os ha dictado la carta que me haceis la honra de escribirme, y os estoy sumamente agradecido por las preces que os dignais hacer por mí; pero no puedo aceptar las censuras ni los consejos que me dáis.

Lo que llamais una gran falta es para mí el cumplimiento de un gran deber.

Dignaos recibir, monseñor, el homenaje de los sentimientos respetuosos con los cuales soy en Jesucristo y su Iglesia vuestro humildísimo y obediente servidor.—Fray Jacinto.

París 26 de setiembre de 1869.»

LOS OBISPOS ALEMANES EN FULDA.

En el camino de Castell á Francfort encuéntrase una pequeña ciudad, situada á orillas del Fulda que le dá nombre. Allí el martir San Bonifacio apóstol de Germania, después de haber fundado la abadía de Fidslar intitulada de San Pedro, y las de Amemburgo y Ondorte dedicadas al arcángel San Miguel, echó los fundamentos de la abadía de Fulda dedicada al Salvador, á San Pedro, y mas tarde también al mismo San Bonifacio, cuyos restos depositó en ella San Lullo. Según su fundador, Fulda habia de ser la ciudadela del catolicismo.

Allí se encuentran reunidos, meditando y estudiando las cuestiones referentes al concilio ecuménico, los obispos católicos de toda Alemania. Retirados del bullicio, han escogido una ciudad sosegada y tranquila, insigne por sus recuerdos histórico-religiosos, para entregarse de lleno á la contemplación de las cosas divinas. Cuando se celebró la fiesta centenar de San Pedro, concibieron el pensamiento de congregarse en Fulda, y hoy con ocasión de la proximidad del concilio llevan á cabo este proyecto, que ha de ser fecundo en grandes resultados.

La raza alemana es por su amor al estudio y su actividad de pensamiento una de las que mas influyen en el movimiento intelectual del mundo. Las escuelas y doctores católicos de Alemania tienen en mas de un asunto indisputable preeminencia, no habiendo tampoco en aquel país quien dispute la palma á los oradores católicos. Magnífica prueba de todo esto ha dado el congreso de Bamberg y las manifestaciones católicas habidas en las mas importantes ciudades alemanas, que han dado á conocer por dicha una gran florecencia católica.

¡Ah! el día en que toda esa raza pensadora se inspire en el catolicismo, el día suspirado y entrevisto por los católicos en que se rasguen las nieblas que oscurecen la llamada filosofía alemana, el día en que la Alemania racionalista y protestante vuelva al antiguo campo y sea una con

la brillante Alemania católica, la Iglesia de Dios habrá conseguido un magnífico triunfo, y el racionalismo habrá recibido un golpe mortal, siendo ahogado en la misma nación que le sirvió de cuna.

Tal vez son éstos, así lo esperamos, los designios de la Providencia. El catolicismo gana terreno diariamente en Alemania, presentándose hoy muy floreciente; y mientras la escuela racionalista decae con la muerte de sus principales jefes, la Iglesia alemana, que participa de la inmortal juventud de la Iglesia universal, está dando como ésta pruebas de vigor y lozanía.

La reunion de los obispos en Fulda es un importante acontecimiento que llama extraordinariamente la atención en toda Alemania. Y no podia ser de otra manera: allí, sobre la tumba de San Bonifacio, están congregados los arzobispos de Colonia y de Munich, los obispos de Breslau, Maguncia, Paderborn, Tréveris, Wurtzburgo, Auggburgo, Eichstadt, Ermeland, Hildesheim, Osnabruch, Fulda y Rottemburgo; los vicarios apostólicos de Luxemburgo y Dresde, el obispo auxiliar de Friburgo, y los delegados de los obispos de Passau, Spira y Culm, entre los cuales, según confiesan y reconocen los mismos enemigos de la Iglesia, hay hombres eminentes, de ilustración y virtud extraordinarias.

Estos insignes varones se disponen para el concilio, orando, estudiando y discutiendo. ¿Cuánto pues no se puede esperar del concilio, aun humanamente considerado? Todos los obispos hacen lo mismo, orar y estudiar: á Roma han sido llamados los hombres mas sabios del mundo, y en las cuestiones de que trate la augusta asamblea del catolicismo brillarán la ciencia mas esclarecida y la virtud mas grande.

Concretándonos ahora á los obispos alemanes, ¿quién duda que entre ellos, todos ilustres por su saber, se cuentan genios de primer orden, sin rival en Alemania? ¿Quién no tiene noticia de las celebradas obras del sapientísimo monseñor Ketteler, obispo de Maguncia? ¿Quién no ha oído hablar de la magnífica *Historia de los Concilios* de monseñor Hefle obispo electo de Rottemburgo?

El *Diario de Bruselas*, hablando de la reunion de Fulda, después de hacer merecidos elogios de estos dos obispos, dice: «Los demás, aunque no tan conocidos, son también hombres grandes. Nada supera el prestigio, la elevación de ideas y sentimientos, la bondad del arzobispo de Colonia. El representante del obispo de Spira es el canónigo Molitor, muy conocido por sus obras de derecho canónico y por sus dramas cristianos, alguno de los cuales, como *La libertad de Neron*, *Juliano el apóstata*, *Maria Magdalena* y otros son muy apreciados en toda Alemania.»

Así hacen justicia á los obispos alemanes cuantos hablan de la reunion de Fulda. Un periódico da una elevada idea de estos obispos con estas palabras: «Con decir que los obispos alemanes se reúnen para orar y estudiar, está dicho todo.»

Grandes serán en efecto los resultados de la reunion de Fulda. Todos los obispos están alojados en el seminario, y se congregan dos veces al día: de nueve á doce de la mañana y de tres á seis de la tarde. El arzobispo de Colonia preside las reuniones, que tienen lugar en el salón de la abadía. Se verifican sin aparato, al rededor de una mesa sencilla, sin mas adorno en la habitación que un busto de Pío IX. Cuatro laureles-rosa en flor adornan el pasillo que

conduce al salón. Es imposible unir mejor, dice el *Diario de Bruselas*, tanta sencillez y tanta grandeza.

Las deliberaciones de los obispos y el objeto de ellas, son secretos para el público: así, en el silencio y en la soledad, se oye mejor la voz de Dios que en el ruido y en la publicidad. Dios busca los mansos y humildes de corazón, y los obispos alemanes piden luz á Dios en la oración y recogimiento.

Así se preparan dignamente para el concilio, la grande obra de la Iglesia católica en estos tiempos, el acontecimiento que ha de dar el triunfo á la silla de Pedro sobre la impiedad revolucionaria. Así se disponen para asistir á una asamblea cuyas declaraciones y definiciones durarán lo que el mundo dure.

La pastoral dada colectivamente por ellos á sus diócesanos, en la que se han querido ver gérmenes de disentiimiento cuando forma la mas solemne garantía de adhesión y de unidad, es un documento tan importante, que retirando otros materiales vamos á darlo íntegra traduciéndola del francés.

«En el espíritu de N. S. Jesucristo y de su santa Iglesia, que es espíritu de unidad y de mancomunidad, nosotros, obispos alemanes, hémonos reunido este año en Fulda, junto al sepulcro de san Bonifacio para deliberar fraternalmente. Nuestro objeto no es el de tomar resoluciones obligatorias en materias eclesiásticas, cosa que segun las prescripciones de la Iglesia no es posible mas que en las asambleas eclesiásticas verificadas en forma regular; á lo que aspiramos únicamente es á hacernos por este medio mas aptos para el cumplimiento de nuestras santas funciones, y á conservar entre nosotros la unidad y la caridad, que es la madre y nodriza de todo bien.

Naturalmente en este año el asunto principal de nuestras deliberaciones ha sido el modo de prepararnos para el concilio ecuménico, para el cual ha convocado nuestro santo padre Pio IX á todos los obispos de la tierra. Por esto hemos creído conveniente y saludable dirigir, antes de separarnos, unas breves palabras á nuestros queridos diócesanos eclesiásticos y legos.

Tan pronto como se supo con certeza la convocación de un concilio general, una piadosa expectativa y consoladoras esperanzas se apoderaron del corazón de los fieles, y millares de cristianos dirigieron hácia Roma sus miradas con filial confianza; no porque se viese en el concilio un remedio mágico para desembarazarnos de todos los males y peligros y cambiar instantáneamente la faz de la tierra, sino porque segun la constitución dada á la Iglesia por Jesucristo en su divina sabiduría, la reunión de los sucesores de los apóstoles en torno del sucesor de san Pedro en una asamblea general de la Iglesia, es el medio mejor para colocar la verdad santificante del cristianismo en plena luz y hacer que la ley divina entre con mas eficacia en todas las situaciones de la vida.

Cúmplase del modo mas sublime por medio de los concilios ecuménicos lo que dijo san Gregorio Magno al afirmar que en el transcurso de los tiempos las puertas de la verdad y de la sabiduría divinas se abrían cada vez con mas amplitud para la cristiandad. Porque del conocimiento verdadero de la doctrina de Jesucristo y del cumplimiento mas general y exacto de su ley depende para la humanidad su bien temporal así como su bien eterno. Y he aquí porque en todos tiempos los hijos fieles de la Iglesia han acogido las nuevas de un concilio ecuménico con grato consuelo y santas esperanzas. Deber sagrado nuestro es alimentar este sentimiento en nosotros y comunicarlo á los demás.

Por otra parte no debemos disimular que, aun entre los hijos fieles y ardorosos de la Iglesia, despuntan ciertas inquietudes que tienden á debilitar la confianza, y á esto debe añadirse que los adversarios de la Iglesia formulan acusaciones sin otro objeto que el de escitar repugnancias contra

el concilio y hasta despertar la desconfianza de los gobiernos.

Así es que espresan el temor de que el concilio pudiera proclamar dogmas nuevos que no se hallan comprendidos en la revelación divina ni en la tradición de la Iglesia, y que podría establecer y acaso establecería principios contrarios á los intereses de la cristiandad y de la Iglesia, é incompatibles con los legítimos derechos del estado, con las pretensiones de la civilización y de la ciencia, con la legítima libertad y la prosperidad temporal de los pueblos. Y aun se va mas lejos: se acusa á Su Santidad de hallarse colocada bajo la influencia de un partido y de querer aprovecharse del concilio para aumentar mas allá de lo conveniente el poder de la silla apostólica, de cambiar la antigua y verdadera constitución de la Iglesia y establecer una dominación eclesiástica incompatible con la libertad cristiana. Atrévase á dar al episcopado y al jefe supremo de la Iglesia denominaciones de partido que hasta aquí habíamos oído solamente en boca de los adversarios de la Iglesia. No se vacila en insinuar la sospecha de que no tendrán los obispos completa libertad para sus deliberaciones, ni los conocimientos y la franqueza necesarias para cumplir sus deberes, y de aquí se va hasta poner en duda la validez del concilio mismo y de sus resoluciones.

Cualquiera sea el origen de estas y otras aseveraciones, lo seguro es que no proceden de una fé viva, ni de amor y fidelidad á nuestra madre la Iglesia. Nunca nuestros padres en la fé, nunca los varones ilustres por sus virtudes y santidad pensaron de esta manera. No dudamos que esto se opone también á la conciencia de vuestra fé, y por lo mismo, amados diócesanos, os exhortamos á no dejaros inducir en error, á no vacilar en vuestra fé y en vuestra confianza.

Nunca, nunca un concilio ecuménico podrá proclamar ni proclamará doctrinas que se hallen en contradicción con los principios de la justicia, con los derechos del estado y de sus autoridades, con la moralidad y los verdaderos intereses de la ciencia, con la libertad legítima y la prosperidad de los pueblos.

El concilio no establecerá mas doctrinas que aquellas que están grabadas ya en el corazón por la fé y la conciencia, que aquellas respetadas ya como santas por los pueblos cristianos en todos los siglos, que aquellas que son el fundamento de toda moral y de toda ciencia verdadera, y sobre las cuales descansan el bien de los estados, la autoridad de los superiores y la libertad de los pueblos.

Y ¿por qué podemos afirmarlo así con tanta seguridad y conciencia tan profunda? Porque enseñados por la fé sabemos con toda certidumbre que Jesucristo permanecerá siempre con su Iglesia hasta el fin del mundo, que el Espíritu Santo no la abandonará jamás, que él le infunde toda ciencia y la inicia en toda verdad, de tal suerte que ella es la columna y la fortaleza de la verdad contra la cual nunca han de prevalecer las puertas del infierno; y en fin porque creemos y sabemos que cuando los sucesores de Pedro y de los apóstoles, el sumo pontífice y los obispos reunidos en concilio, resuelven en materias de fé y de moral están preservados de caer en error por la presciencia de Dios y por sus auxilios especiales. Así como Cristo es el mismo hoy que ayer y en la eternidad, así como el Verbo divino no desaparecerá nunca aun cuando el cielo y la tierra desaparezcan, así su Iglesia será siempre la misma en todos los tiempos, y la verdad de Cristo morará para siempre en ella de un modo invariable.

Temer que un concilio ecuménico en sus resoluciones pueda apartarse de la verdad tradicional ó introducir la menor modificación esencial en la constitución de la Iglesia fundada por Dios, sería desconocer las promesas del Salvador y los efectos de la asistencia de la gracia divina.

Nadie tampoco debe temer que el concilio ecuménico por ligereza ó inadvertencia tome decisiones que le pongan en contradicción con las circunstancias actuales y las necesidades del tiempo presente, ó que siguiendo opiniones de hombres apasionados quiera implantar en el presente costumbres é instituciones del tiempo pasado.

Y ¿cómo razonablemente podría esperarse algo parecido

á esto de una reunion de obispos de todo el mundo católico que, instruidos por las múltiples lecciones de la experiencia, conociendo á fondo la situacion de los diferentes países é investidos de la responsabilidad de su santa mision, han sido convocados por el supremo gefe de la Iglesia con el principal objeto de examinar cuales sean los medios mas conducentes para que en estos tiempos sean puestas en práctica las eternas verdades de la religion y se conserven y se trasmitan á las generaciones futuras?

Destituida tambien de fundamento y del todo injusta es la sospecha de que en el próximo concilio será coartada la libertad de sus deliberaciones. Los que así piensan cuán poco conocen los sentimientos del pontífice, los sentimientos de los obispos y la manera con que obra la Iglesia! Del modo mas positivo sabemos que la voluntad espresa del papa es la de no poner límite alguno á la libertad ni á la duracion de las deliberaciones. Y esto está en la naturaleza de las cosas. En los concilios de la Iglesia no se encuentran diversos partidos que luchen con todos los medios de la persuasion para obtener la victoria, ni miembros aislados que busquen la preponderancia sobre sus adversarios ganando la mayoría.

Con todas las diferencias de opinion en los puntos controvertibles los obispos todos se hallan de antemano unidos por los principios de la fé y no tienden mas que á un solo objeto: la salvacion de las almas y el bien de la cristiandad. No se verifican estas discusiones para vencer á un adversario ó para favorecer intereses particulares, sino para esclarecer la verdad bajo todos sus aspectos, y no decidir nada antes que todas las dificultades estén resueltas y todas las oscuridades disipadas. El concilio no adoptará solución alguna antes de haber agotado los medios de la ciencia y de la reflexion, y muy principalmente en lo que concierne á las eternas verdades de la fé.

¿Y qué diremos de esta indigna sospecha, de que los obispos en el concilio falten á la franqueza que les prescribe su deber? Recordando el precepto de nuestro Señor de no injuriar á los que nos calumnian, con sencillez y modestia diremos: Que los obispos de la Iglesia católica, en el concilio ecuménico, en este asunto el mas importante de su ministerio y de sus atribuciones, jamás olvidarán que el mas sagrado de sus deberes consiste en rendir testimonio á la verdad y acordarse de las palabras del Apóstol: *El que quiere agradar á los hombres no se cuente entre los servidores de Jesucristo*. Teniendo presente que dentro de poco han de presentar sus cuentas en el tribunal de Dios, no reconocerán otra regla de conducta mas que su fé y su conciencia. No habemos creído indigno de nosotros el defender al episcopado católico y al concilio ecuménico de tan tristes y ruines sospechas. El Apóstol de las gentes por respecto á la dignidad de sus funciones y por su amor á la Iglesia y á las almas, tampoco desdeñó el defenderse de las acusaciones mas injustas. Cuando desentendiéndose de la veneracion y del amor que debemos nosotros á la Iglesia y á su cabeza visible se calumnian las intenciones del padre santo y se denigra á la misma santa sede; cuando á aquel á quien Jesucristo ha hecho pastor de todos y piedra en que descansa el edificio de la Iglesia se le quiere presentar como un partido ó como órgano de un partido; cuando se le atribuyen intenciones ambiciosas y avasalladoras como las de este mundo que en otro tiempo acusó á Jesucristo, el fundador de la Iglesia, y le llevó al tribunal de Poncio Pilato tratándole de rebelde, de sedicioso y sublevador del pueblo, faltannos palabras para manifestar todo el dolor que nos causan tales aserciones y el espíritu de que proceden.

Nada mas extraño ni mas opuesto á la índole de la Iglesia católica que los manejos de partido. El Salvador divino y sus apóstoles contra ninguna cosa se pronunciaron de una manera mas positiva que contra toda division y disidencia de partido. Precisamente para evitarlas, para escluir ese género de males, para conservar la unidad de espíritu con los lazos de la paz, escogió Cristo nuestro Señor á uno de sus apóstoles para hacerle centro de la uni-

dad y elevarle á pastor supremo de todos: por eso es que á todos nos ha subordinado á su autoridad paternal; que con él ha ligado á todos los obispos, sacerdotes y fieles del mundo entero con un lazo indisoluble, que es el de la obediencia fundada en la fé y en el amor.

No hay duda que la Iglesia abarca una variedad inmensa de particularidades respecto á las naciones y á la humanidad. Ella comprende á la vez las asociaciones, las corporaciones y las mas diversas formas de la vida religiosa; ella tolera y hasta protege las diferencias de opiniones teóricas y prácticas; pero no tolera jamás ni aprueba los partidos: jamás se convierte en partido. Para un corazón católico, mientras su fé y su caridad no hayan sido perturbadas por las pasiones, es imposible dejarse aprisionar por el espíritu de partido bajo el punto de vista religioso ó eclesiástico, porque su fé le impele á sujetar su propio juicio y aun mas sus pasiones y sus particulares intereses, con humildad, amor é ilimitada confianza á la autoridad de la suprema é infalible enseñanza que Jesucristo nos ha mandado escuchar y á la cual se aplica eternamente su palabra: *quien á vosotros escucha á mí me escucha*. En el próximo concilio ecuménico esta autoridad suprema é infalible de la Iglesia, ó mas bien por medio de ella á todos hablará Jesucristo; y todos los hombres de buena voluntad, todos aquellos que son de Dios, oirán su palabra, la palabra de la verdad, de la justicia, de la paz de Jesucristo. De la misma suerte que Pedro y Pablo en el primer concilio de Jerusalem no tuvieron mas que una sola opinion y un solo lenguaje, así sucederá ahora; y el mundo entero verá con toda evidencia que, así como en la primera comunidad cristiana, la Iglesia católica de nuestros tiempos no tiene mas que un solo corazón y un mismo espíritu.

De esta fuente de la unidad dimana en la Iglesia todo lo que es bueno, grande, saludable, y es por esta unidad que nosotros todos participamos de la luz y de la vida de Jesucristo. Y he aquí tambien la razon de que Jesucristo pidiera á su divino padre el don de esta unidad para todos los suyos, porque en el bien de la unidad se hallan contenidos todos los otros bienes de salud, fé, caridad, fuerza, paz y todas las demás bendiciones. Y al contrario el rompimiento y la separacion han sido siempre origen de los males mas graves que han herido á la cristiandad y al mundo, y cuya curacion depende de la reconciliacion y del restablecimiento de la unidad.

Si en nuestro tiempo se han remediado males de épocas anteriores no menos funestas, cosa que es preciso confesar dando por ello gracias al Altísimo; si apesar de las circunstancias desfavorables se ha robustecido la vida eclesiástica y religiosa; si mucho se ha obrado para consuelo de los pobres y de los dolientes; si entre los eclesiásticos y los legos se han reanimado el valor de la fé y el amor á la Iglesia; si en todo el mundo brota con nueva savia y fructifica el reino de Dios; si hasta los ataques contra la Iglesia y las tribulaciones que la afligen vienen á resultar en bien suyo; nosotros no dudamos que todo esto se deba principalmente á la íntima concordia y á la unidad de sentimientos que, por la gracia de Dios y aparte de algunas tristes é insignificantes perturbaciones, reinan en toda la estension del catolicismo. No es un vano alarde sino una verdad gratísima y evidente que todos los obispos católicos están ligados entre sí y con la silla apostólica por los lazos de la mas perfecta unidad, como tambien que el clero y el pueblo están de acuerdo con sus obispos: y por esto subsiste entre los diversos estados de la Iglesia tan absoluta y entrañable concordia, que los católicos de todas las naciones se sienten unos y unidos en la fé y en el amor á la Iglesia. Las desgracias y borrascas de los tiempos no han hecho mas que aumentar esta concordia, y el afectuoso acuerdo con que todas las naciones han concurrido á la protección del santo padre sometido á duras pruebas, ha venido á estrechar mas y mas estos lazos de la unidad.

En el espíritu de esta unidad, como enviados de Jesucristo y segun el corazón de Jesucristo, rogamos y exhortamos vivamente á todos, y principalmente á nuestros cola-

boradores en el sacerdocio y en las santas funciones de la enseñanza, que según su posición, sea por medio de la palabra ó por escrito ó con el ejemplo, mantengan y propaguen esta perfecta concordia del espíritu, alejándose de todas las contestaciones que puedan surgir aquí ó allá, y absteniéndose de cuanto podría alimentar la discordia ó inflamar las pasiones humanas.

Bien pronto dejaremos nuestras diócesis por largo tiempo, y nuestros corazones se sienten profundamente conmovidos al tender una mirada sobre los inmensos peligros de la época actual.

Por consiguiente hemos decidido y ordenado que en todas las parroquias de nuestra diócesis se celebre un triduo en honor del sagrado corazón de Jesús, que empezará el día 8 de diciembre de este año, reservándonos el dar más piadosas disposiciones relativas á estos días de meditación.

Que la gracia y la paz de Jesucristo, que la intercesión de la santa Virgen y los santos, sea siempre con vosotros.

Dado en Fulda á 6 de setiembre de 1869.—Pablo arzobispo de Colonia.—Gregorio arzobispo de Munich y de Freising.—Enrique príncipe obispo de Breslau.—G. Antonio obispo de Wurzburg.—Cristóbal Florencio obispo de Fulda.—Guillermo Manuel obispo de Maguncia.—Eduardo Jacobo de Hildesheim.—Luis obispo de Leontópolis *in partibus*, vicario apostólico de Saloma.—Conrado obispo de Paderborn.—Pancracio obispo de Augsbourg.—Mateo obispo de Tréveris.—Nicolas obispo de Halicarnaso vicario apostólico de Luxembourg.—Juan Enrique obispo de Osnabruck y pro-vicario de los misioneros septentrionales alemanes y daneses.—Francisco Leopoldo obispo de Eichstædt.—Lotario obispo de Lenka *in partibus*, y vicario capitular de Fribourg.—Felipe obispo de Ernmland.—Juan Nepomuceno obispo de Culm representado por su vicario general el Dr. Hasse.—Nicolas obispo de Spira representado por el canónigo Dr. Molitor.—Carlos José de Hefile arzobispo de Rottenbourg.»

CRÓNICA.

Con intenso dolor leímos en el *Pensamiento Español* el siguiente párrafo que nos anuncia la pérdida de un buen amigo y á nuestra Asociación la de uno de sus principales miembros:

«Tenemos el sentimiento de anunciar á nuestros lectores la muerte del Sr. D. Francisco José Garvia, acaecida ayer 28 de setiembre, á las cuatro y media de la tarde.

Los que tuvieron el gusto de tratar al señor Garvia no creerán exagerado que digamos de él que estaba adornado de calidades extraordinarias de bondad. Su alma era una alma verdaderamente cristiana. Su nombre figuraba siempre en primer lugar, en todo género de asociaciones ó empresas que tuvieren por objeto la gloria de Dios ó el bien de los hombres.

En las Conferencias de San Vicente de Paul era tesorero del consejo superior: en la Asociación de católicos era primer secretario.

Fué diputado á cortes, provincial y consejero de la diputación de Madrid.

¡Dios habrá recompensado con su eterna gloria al católico ferviente, en quien la Iglesia vió siempre un hijo humilde y un defensor entusiasta!—R. I. P.»

«*Alfombras para el concilio.*—Hace unas semanas que el padre santo pidió á Paris, Lyons, Aubusson y otros puntos gran cantidad de alfombras, tanto para el lugar donde ha de celebrarse el concilio, como para las habitaciones que se preparan á los obispos. De todas partes contestaron que no habia tiempo para fabricar un pedido tan grande de alfombras. Lo mismo contestaron de Munich. Entonces su santidad se dirigió á Berlin; é inmediatamente le contestó el fabricante aceptando el encargo, cuyo precio subia á 200,000 francos. Al día siguiente recibió el papa la siguiente comunicacion: «Dentro de un mes irán las alfombras; están pagadas, incluso los gastos del porte á Roma.» El corresponsal del *Post* en Roma dice que el rey de Prusia, al saber que el papa habia encargado alfombras á Berlin, manifestó su deseo de costearlas, y que el papa accedió á su petición, exigiendo solo que en las alfombras habian de ponerse las armas de Mastai-Ferretti junto á las del rey de Prusia.»

Solo el moribundo protestantismo, dice el *Pensamiento*, se regocija de la rebelion del desgraciado padre Jacinto. La conducta de este es puramente protestante. En el campo radical, el desprecio es lo único que ha encontrado el soberbio carmelita; pero desprecio cuya espresion es la apología de la vida monástica y de la obediencia religiosa, y la condenacion mas explícita de la rebeldía.

Rochefort, el célebre redactor de *La linterna*, escritor racionalista y satírico, dice lo siguiente hablando del P. Jacinto:

«El P. Jacinto ha dejado su convento, lo cual es su manera de proclamar la república.

El acto audaz del reverendo padre es en general muy celebrado. Se le considera como heróico. Yo que no entiendo ni quiero entender nada de carmelitas y de su descalzamiento, lo que considero heróico es embutirse en un hábito de lana que escalda las costillas en verano y no impide que uno se hiele en invierno.

Dejar un cuarto sin lumbre, donde se comian mondas duras de zanahorias cocidas con agua sin sal, para volver al seno de la familia que espera con un buen puchero, no me parece que es cosa que exija un gran valor.

Aparte de estos dos hechos materiales, la opinion que pueda tener el P. Jacinto respecto al concilio me tiene sin cuidado. Nunca he creído, y ahora creo menos que nunca, en la sinceridad de los curas que se acercan á la república.»

Ha ingresado en el seno del catolicismo el R. Z. W. Goldstone, graduado en la universidad de Oxford, y en la actualidad vicario de la parroquia protestante de san Miguel en Wakefield (Inglaterra).

Ha fallecido el padre Emilio Fari preceptor que fué de Pio IX cuando este solo se llamaba el conde Juan Mastai. El padre Fari era actualmente guardian del santuario donde está el cuerpo de san Francisco de Asis.